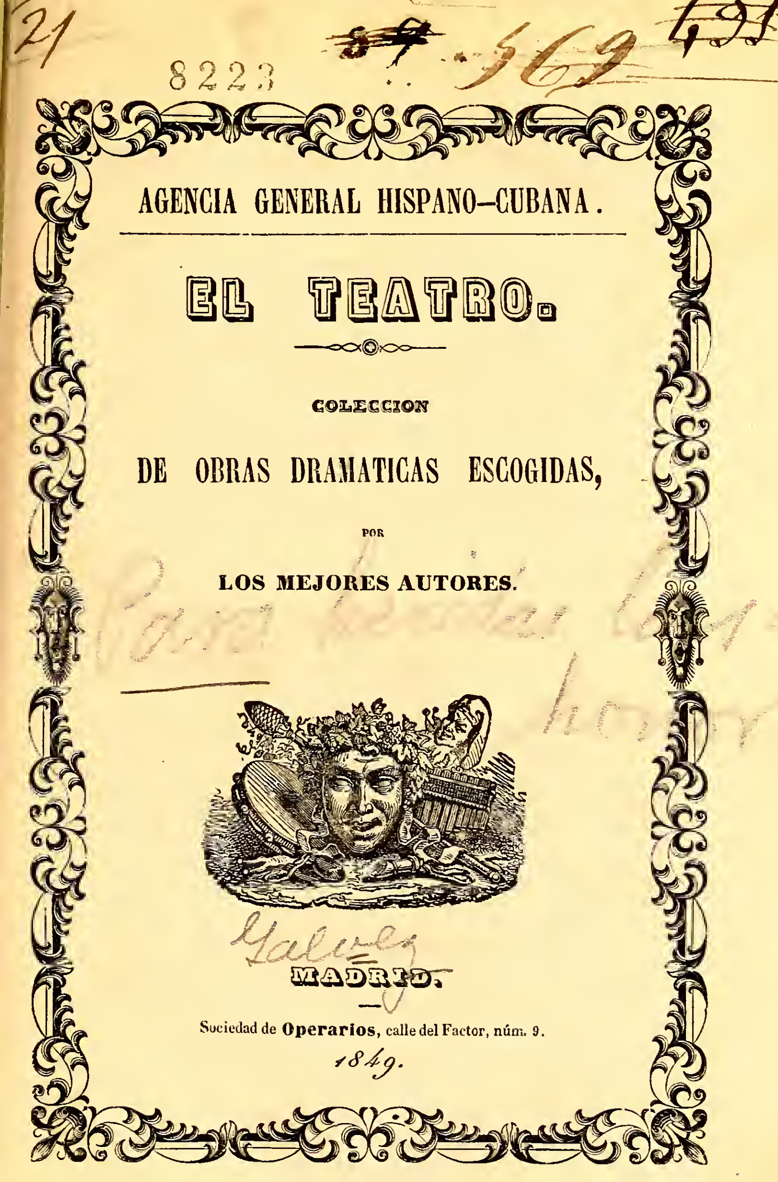


AGENCIA GENERAL HISPANO-CUBANA.

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.

MADRID.

Sociedad de **Operarios**, calle del Factor, núm. 9.

1849.

PARA HERIDAS LAS DE HONOR

ó

EL DESAGRAVIO DEL CID.

DRAMA HISTÓRICO EN CINCO ACTOS Y EN VERSO,

por

D. RAFAEL GALVEZ AMANDI.

Representado con aplauso en el teatro del Príncipe.



MADRID:

Imprenta de la **Viuda de D. R. J. Dominguez,**
calle de Hortaleza núm. 67.
1849.

INTERLOCUTORES.	ACTORES.
D. RODRIGO DE VIVAR, *el Cid...*	***Sr. C. Latorre.***
EL REY D. ALFONSO VI DE CASTILLA.	***Sr. P. Lopez.***
DOÑA GIMENA GOMEZ.	***Sra. B. Lamadrid.***
DOÑA ELVIRA. } *Hijas de D. Rodrigo.*	***Sra. P. Tablares.***
DOÑA SOL. } *Hijas de D. Rodrigo.*	***Sra. J. Latorre.***
SUER GONZALEZ. } *Condes de Carrion.*	***Sr. L. Perez.***
DIEGO GONZALEZ. } *Condes de Carrion.*	***Sr. A. Gonzalez.***
FERNAN GONZALEZ. } *Condes de Carrion.*	***Sr. A. Barroso.***
ORDOÑO BERMUDEZ, *sobrino del Cid.*	***Sr. A. Alverá.***

Caballeros escuderos, hombres de armas y gentes del pueblo.

ACTO PRIMERO.

Decoracion de calle. A la izquierda una casa con ventanas practicables. A la derecha é inmediata al proscenio una bocacalle, que no debe estar exactamente enfrente de la casa de la izquierda.

ESCENA PRIMERA

D. Suero y D. Diego.

Diego. Hay en la vida ocasiones
Don Suero, en que ciega el alma
no puede escuchar en calma
ni consejos, ni razones.
Perdonad: mas cada dia
que pasa desde mi afrenta
crece mas, y mas se aumenta
mi sed de venganza impía.

Suero. Aunque la venganza es justa
y noble Diego no fuérais
si en vengaros no insistiérais;
vuestro furor me disgusta.
Nunca vuestra ofensa al labio
remitais, muda la lengua
dad al hierro vuestra mengua.

DIEGO. Fuera proceder mas sábio:
vuestras palabras empero
me muestran con evidencia,
que ignorais quien en Valencia
mi honor ultrajó D. Suero.

SUERO. ¿Y qué importa la persona
D. Diego si os ultrajaron?

DIEGO. Hacerlo impunes lograron.

SUERO. ¿Y el que de noble blasona,
y espada lleva en el cinto,
mudo una afrenta tolera;
y en su sangre vil y altanera
no deja su estoque tinto?

DIEGO. Tuviérais razon si á un hombre
tanto el valor le faltase,
que ante un contrario dudase
su honor manchando y su nombre;
mas si vos mismo cercado
de mil contrarios os viéseis,
y del Cid Rodrigo oyeseis:
«Conde, el varon es forzado
muere en su puesto»; qué hiciérais?
Si al furor de mis miradas
con la diestra en las espadas
viérais á todos: cediérais?
ó desnudando el acero
fuérais al Cid, sin temor
de que un deudo, ó un traidor
os diera muerte primero?

SUERO. Sobrino razon teneis:
mas si contais enemigos,
no os faltan deudos y amigos
que os ayuden.

DIEGO. Lo creeis?

SUERO. Y porqué no?

DIEGO. Porque en vano
amigos buscar podrá,
quien desamparado está
y ofendido aun de su hermano.

SUERO. De vuestro hermano?

DIEGO. Sí, á fe:
triste á Valencia dejaba

en Burgos mi honor buscaba
y en breve á Burgos llegué.
Velaban pardas tinieblas,
el claro sol de Castilla,
¡ojalá que mi mancilla
veláran tan densas nieblas!
Llego á mi hogar presuroso
y por mi hermano pregunto,
cuidando olvidar un punto,
mi destino rigoroso:
vana ilusion! mientras yo
libaba un cáliz de hiel;
otro cáliz mas cruel
con sus heces se mezcló.
Ausentárase Fernando
corrió el tiempo, no volvía,
y el ansia me consumía
las horas eternizando.
A salir me determino
é ir en su busca, mi afan
solo era hallar á Fernan
y hallarle fué mi destino.
Mas donde? Cielos!

SUERO. Seguid...

DIEGO. Del de Vivar en las rejas
cambiaba amorosas quejas
con doña Elvira.

SUERO. Y decid
le hablásteis?

DIEGO. Me retiré;
y el sueño busqué en mi lecho,
pero me ahogaba el despecho
y descanso no encontré.
El Alba lució entretanto,
vino Fernan, con anhelo
le pinté mi acerbo duelo,
mi deshonor, mi quebranto,
su ayuda impetré.

SUERO. Y qué dijo?

DIEGO. Juró tomar de mi afrenta
venganza pronta y sangrienta.

SUERO. Y os quejais?

DIEGO. Sí: pues colijo,
que fué antídoto á su ira
el saber que mi ofensor
llamaba...

SUERO. Al Campeador?

DIEGO. No sino al padre de Elvira.
Por averiguar su yerro
á esta calle os he traido;
si viene, estoy decidido,
de Castilla me destierro.

SUERO. Y dónde ireis sin honor?

DIEGO. Y qué me valdrá mi saña!
al menos en tierra estraña
podré ocultar mi rubor.

SUERO. No hagais tal por vida vuestra;
si sus amorosos lazos
ligan á Fernan los brazos;
libre os ofrezco mi diestra.
Ademas; no se os alcanza
que lejos de molestaros
este amor puede llevaros
á cumplir vuestra venganza?

DIEGO. No os entiendo por mi fe.

SUERO. Mucho vuestra cuita os ciega:
mas escuchad...

DIEGO. Fernan llega;
vamos de aquí.

SUERO. Para qué?
Mejor no fuera escuchar
su plática, y de este modo
ir satisfechos del todo
nuestro campo á preparar?
No opinais cual yo?

DIEGO. Bien, sea:
mas ocultarnos conviene
por si al vernos se detiene.

SUERO. Marchemos pues, no nos vea.

ESCENA II.

D. Fernan *que aparece al tiempo de retirarse* D. Suero *y* D. Diego.

D. Fernan, *solo.*

Dos hombres triste de mí!
en esta calle rondaban,
y sus rostros recataban
y al verme huyeron de aquí.
Si por Elvira vinieron,
y eran dos los que salían:
qué designio abrigarían?
porqué cobardes huyeron?
Mas porque me canso Cielos!
su conducta en comprender?
no puede otra dama haber
que motive sus desvelos?
Desventuras que en tropel
me exaltais con furia estraña,
no añadais á vuestra saña
de los recelos la hiel!
Harto mi imposible amor,
harto la suerte me aqueja,
harto... mas abren la reja,
denme los Cielos valor!

ESCENA III.

Don Fernan, Doña Elvira *y* Doña Sol *dentro.*

Elvira. (*Ap.*) Llegad doña Sol acá,
á la respuesta atended
que he de darle; y entended
que la postrera será.

Fernan. (*Llegándose á la reja.*)
Dudoso y enamorado
llego á hablaros, doña Elvira,
vuestra vista amor me inspira,
mis desventuras cuidado.

ELVIRA. Cuando otra vez caballero
vuestro amor me ponderábais;
duda en mi fe no abrigábais,
y hoy... receloso os infiero.

FERNAN. Bella Elvira perdonad;
soy injusto, bien lo veo:
pero soy amante y creo
de mi suerte en la crueldad.

ELVIRA. Tan mal os trata?

FERNAN. Señora:
tal es su rigor conmigo,
que hasta los dones maldigo
con que me brinda traidora.
Triste y sin amor vivía,
triste en la Corte moraba,
mi tedio el Sol alumbraba,
y la noche le acrecía.
Faro hermoso en vuestros ojos
de mis desdichas hallé,
os conocí y os amé...
Harta ya de darme enojos
dige para mí, la suerte
su duro azote arrojó;
lo hizo, sí: pero blandió
puñal que me hirió de muerte.

ELVIRA. Os juro que no comprendo...

FERNAN. Decís bien: pues ni yo mismo
que hallando estoy este abismo
me esplico lo que estoy viendo.
Se quien sois, y es mi cuidado,
se Elvira que sois hermosa,
que sin espinas no hay rosa,
que sois tesoro envidiado,
que estimo mi suerte en poco,
que veros quiero y no veros,
que anhelára aborreceros,
y en fin... en fin que estoy loco.

ELVIRA. Teneis razon: loco estais.
Decís que quien soy sabeis;
y abrigar dudas podeis
con que mi fama ultrajais?
Tan poco mi afecto vale?

Sabeis Fernan?

FERNAN. Harto Elvira
y eso mis dudas inspira:
tesoro que á vos se iguale:
hallar no puedo en la tierra,
él es mi bien, mi consuelo,
y estando cerca del Cielo
subir al Cielo me aterra.

ELVIRA. Cobarde sois.

FERNAN. No por Dios
no alberga mi pecho miedo:
pero un escollo no puedo
separar de entre los dos.

ELVIRA. No me digísteis Fernan
que hoy vuestro nombre sabría?

FERNAN. Dígelo Señora mía,
porqne veros es mi afan
y de este bien me privais.

ELVIRA. Es decir que receloso
con proceder cauteloso
mi inesperiencia engañábais?
Mas culpable os juzgo ahora;
pues proceder de ese modo
es atropellar por todo,
y un caballero...

FERNAN. Señora.

ELVIRA. Un caballero que ama
cual voz decis, nunca miente
y antes que hacerlo, consiente
perder su vida y su dama.
Esto el honor aconseja
mas quiero indulgente obrar
solo esta vez; y olvidar
vuestra falacia y mi queja.
Una sola condicion
quiero de vos exigir.

FERNAN. Y es...

ELVIRA. Que me habeis de decir
á que es esa obstinacion
de ocultarme...

FERNAN. No os asombre
que tambien la causa oscalle,

temiendo que el odio estalle
que os ha de infundir mi nombre.

ELVIRA. Sangre noble no le alienta?

FERNAN. Tan noble que á otra ninguna
puede envidiar mi fortuna,
sin que haga á ninguna afrenta.

ELVIRA. En Castilla habeis nacido?

FERNAN. La luz en Castilla ví,
en su recinto crecí,
y por ella he combatido.

ELVIRA. Enemistades sin duda
de ambas familias...

FERNAN. *Ap.* Qué escucho!
Con cuantos tormentos lucho!

ELVIRA. Porqué así la lengua muda?
No respondeis?

FERNAN. Si existiera
esa enemistad, os juro,
que ante mi amor firme y puro
toda enemistad cediera;
y perdonad si discreto
temor mis labios reporta,
que lo hago así; porque importa
á nuestro amor el secreto.

ELVIRA. Cuanto mas os obstinais
mi curiosidad mas crece.

FERNAN. Nada mi amor os merece
tan poco de él os fiais?

ELVIRA. Aunque fie en vuestro amor
quién sois saber necesito;
y lo sabré os lo repito
porque le importa á mi honor.
Hija soy del de Vivar,
su limpia fama es la mia:
¡y necia me arrestaría
su puro nombre á manchar!
Idos con Dios caballero:
vuestro secreto guardad;
y esta calle despejad
que mi honor es lo primero;
y advertid que aunque muger
su sangre heredé y fiereza

y sabré con entereza
su decoro sostener.

(*Cierra la ventana y se retira*)

(*Don Suero y Don Diego aparecerán antes de concluir la escena por la bocacalle que se fueron: á tiempo de oir los doce últimos versos de Doña Elvira.*)

ESCENA IV.

D. Suero, D. Diego y Fernan.

Fernan. Elvira oid... SantoDios!
Será cierto lo que miro?
A tal amor tal desden!
Es un sueño! es un delirio!
Suero. El Cielo os guarde Fernan.
Diego. Oiga amor vuestros suspiros.
Fernan. Tio... Hermano... *Ap.* (Esto tan solo
me faltaba.) Habeis oido...
Suero. Todo: y cierto que la dama
es de carácter esquivo.
Diego. Hermano, muy mal ostrata;
y eso que á ablandar un risco
pudieran vuestras razones.
Suero. Todo al tiempo y al cariño
cede, deponed la saña,
con sus melodiosos trinos
las fieras domaba Orfeo,
y su fiereza imagino
que á vuestra perseverancia
cederá al cabo.
Diego. Rodrigo,
el soberbio castellano
de sus triunfos mas altivo
á Castilla va á venir,
y si á sus plantas sumiso
la mano le demandais
de doña Elvira, confio
que os la habrá de conceder.
Suero. Alzad el rostro sobrino:
somos dos á consolaros

y á nuestras palabras frio
ni aun la vista alzar quereis?

FERNAN. Caballeros si ofendido
el rey Alfonso me hubiera
con tal bajeza, mi brio
al mismo Rey dado hubiese
pronto y sangriento castigo:
mas si la sangre que corre
por nuestras venas, los filos
logra embotar de mi espada;
vuestro proceder indigno
condeno, y vuestros sarcasmos
desprecio y doy al olvido.

DIEGO. Fernando: si á la pasion
ceder suele el honor mismo;
y si donde impera el amor
no tiene el hombre dominio;
cuando la pasion decae,
cuando amor cede al desvío,
rota la venda los ojos
ven insondable el abismo.

FERNAN. Deja esas vanas razones,
hermano, porque el oido
el rumor de tus palabras
percibe solo, y el grito
de mi amor y de mi ofensa
sobre sus ecos percibo.

SUERO. Basta don Diego: dejadle
que de una pasion cautivo
que ofende su sangre, adore
su deshonra con sus grillos;
dejadle que sus desdenes
lamente, que si él el limpio
honor de su casa olvida;
para volver por su brillo
que el de Vivar empañó
corazon nos sobra y brios.

FERNAN. Ni el de Vivar vuestro nombre,
recuerda, ni ofensa os hizo,
ni en el furor del combate
pudo ver vuestros peligros.
¿Y en eso el desdoro veis

de vuestra casa? ¿Enemigos
por eso os quereis mostrar
del Cid? Culpais mi cariño;
y no os culpais á vosotros
que de la noche al abrigo
sorprendísteis mi secreto:
y me ultrajásteis?

DIEGO. Admiro
cuanto la pasion te ofusca:
desdeñado y despedido
de doña Elvira, disculpas
de su agravio los motivos;
y con tu hermano te muestras
rencoroso y vengativo?
Fernan, Fernan, vuelve en tí;
y óyeme en calma: no has dicho
que si aleve te ofendiera
le dieras muerte al Rey mismo?

FERNAN. Sí dije.

DIEGO. Pues no es el Rey
sino un vasallo, un Rodrigo,
quien á tu hermano ofendió.

FERNAN. Del combate en el bullicio,
riesgos mirando do quiera,
de las espadas el ruido
el de la ofensa sofoca;
y atento al propio peligro
se ignora el de los demas:
lo dige y te lo repito.

DIEGO. Te engañas, Fernan, te engañas,
tu amor turba tus sentidos.
Escúchame; si en el campo
de batalla, en el recinto
del templo, en parte cualquiera,
tu Rey, tu padre, ó tu amigo,
te apellidára cobarde:
te ofendieras?

FERNAN. Sí por Cristo.

DIEGO. Dieras lugar á razones.

FERNAN. A razones? Por Dios vivo!
ni un solo instante mediara
entre su ofensa y castigo.

SUERO. Eso es hablar como honrado:
mi sangre y valor altivo
miro en tu resolucion
y en tus arrebatos miro.
Suspiros de amor deshecha
de pechos cobardes hijos;
roto tu escudo se encuentra,
mancillado está su brillo,
viste el casco y la coraza,
y del acicate herido
en busca de tu venganza
marcha en tu troton morcillo.
Esto interesa á tu fama;
y cuando tu acero tinto
en sangre que tu honra lave
puedas ufano y erguido
pronunciar tu nombre; entonces
vuelve á adorar los hechizos
de esa dama, ó de cualquiera,
que hartos ratos peregrinos
te ofrece Castilla, y hartos
linages del tuyo dignos.

DIEGO. Cede Fernan á mis ruegos
por mi honor, por tu honor mismo.

FERNAN. Diego: tu honor es mi vida
pero y mi amor?

DIEGO. Oh! me irrito
tu pertinacia y flaqueza
al contemplar, é imagino
que á las mallas y al acero
sedas prefieres y armiños.

FERNAN. Calla Diego ó mi furor...

DIEGO. De tus furores me rio
ofendido aun mas que yo
debes estar.

FERNAN. Yo?

DIEGO. ¿El motivo
acaso ignoras?

FERNAN. Le ignoro.

DIEGO. Olvidaste que salimos
á tu encuentro al separarte
de la reja?

FERNAN. *Ap.* (Que suplicio.)
DIEGO. Presumes que el rudo choque
de una ventana no oimos,
que ante tus ojos cerraron?
FERNAN. Cuando ya dado el olvido
tu accion imprudente había,
me la acuerdas?
DIEGO. No es el mio,
es su ultraje el que te hiere.
FERNAN. Te engañas ni ofensa estimo
su desden ni...
SUERO. Razon tiene:
recuerda el anciano dicho
de blancas manos no ofenden;
y así disculpa sus brios
cuando...
FERNAN. Ya basta: dejadme
de saña apenas respiro.
(*Retírase Fernan.*)

ESCENA V.

DON SUERO Y DON DIEGO.

DIEGO. Oísteis don Suero?
SUERO. Oí.
DIEGO. Y que decís?
SUERO. Que el amor
en lucha con el honor
sucumbe al cabo.
DIEGO. Ay de mí!
Pluguiera á Dios que así fuese,
y que su alucinamiento
cual nube que impele el viento
sañudo, despareciese:
mas no opino de ese modo
que tiene amor gran poder,
y no se deja vencer
cuando es nuevo, sobre todo.
SUERO. Sobrino os equivocais;
nunca el novel adalid
persistió tanto en la lid

como el viejo: á mas pensais
que el desden tan poco hiere?
Oh! no os engañeis don Diego:
que en lucha el agua y el fuego
siempre el último es quien muere.

DIEGO. Don Suero; jamás abrigo
dísteis de amor á la llama;
vuestra espada es vuestra dama,
rival vuestro el enemigo;
y así de tales querellas
se os alcanza poco.

SUERO. Es cierto
y me alegro cuando advierto
lo poco que valen ellas.
¡Donoso es por vida mia
ver á un Rico-home barbado,
ante su dama ahinojado,
maldecir su suerte impía!
¡Bello es mirar en sus ojos
una lágrima, y sus quejas
dar á traves de las rejas!
Dulces de amor los enojos
serán, y aun mejor sus paces:
pero aun mas dulce es entrar
en la lid, y atropellar
del enemigo las haces,
ó en azoroso torneo
del brazo usar la pujanza;
porque no olvide la lanza
en la paz, cual es su empleo.

SUERO. Teneis razon, no replico;
hablando en lides me ofusco,
y si en las cortes no busco
querellas á ellas me aplico:
mas de amor...

DIEGO. Pues es forzoso
por uno ó por otro medio
que deis á mi honor remedio;
en amigos poderoso
es el Cid, y me pesara
que en ese empeño siguiera
mi hermano, y quien me ofendiera

mi misma sangre obligara.

SUERO. Lejos de eso, yo imagino
que á su pesar obligaros
pudiera el Cid y vengaros.

DIEGO. De que modo? no adivino...

SUERO. Me esplicaré: el de Vivar
no tiene dos hijas?

DIEGO. Dos.

SUERO. Pues con ellas, vive Dios
habeis ambos de casar.

DIEGO. Yo...

SUERO. Silencio: nuestro plan
pues satisface su anhelo
acogerá, y con desvelo
nos ayudará Fernan.

DIEGO. Mas yo nunca...

SUERO. Vos lo hareis
porque tomais sin tardanza
de una afrenta la venganza
que anhelais, mas que temeis.
Lo hareis: porque á Burgos viene,
porque su enojo y rigor
callará el Cid por su honor...
y lo hareis porque os conviene.

DIEGO. Y pensais que consentir
querrá en las bodas Rodrigo.

SUERO. Don Diego: si lo consigo
nada tendreis que decir.

DIEGO. Nada lograreis, lo juro:
no es el Cid hombre que cede.

SUERO. El Cid no; mas el Rey puede...

DIEGO. El Rey?

SUERO. Si: mas de ese apuro
yo solo os he de sacar.
Os resolveis?

DIEGO. Sí.

SUERO. Pues vamos:
y si el triunfo no logramos,
medios restan que emplear

ESCENA VI.

Los mismos y ORDOÑO.

ORDOÑO. (*Saliéndoles al encuentro.*)
Hola hidalgos: que motivo
delante de las ventanas
de un hombre honrado y con canas
pudo traeros?

SUERO. Altivo
interrogais: sois acaso
su guardador?

ORDOÑO. Necio estais:
ó esta calle despejais,
ó he de hacer que me habrais paso.

SUERO. Priesa traeis.

ORDOÑO. Caballeros,
la vez postrera os lo digo:
dejadme franco el postigo
de esa casa ó los aceros
empuñad.

SUERO. Nunca sufrí
amenazas de villanos.

ORDOÑO. Jamás yo, de cortesanos
hondas heridas temí.
Paso. (*Desenvainando.*)

SUERO y DIEGO. Atrás. (*Se acuchillan.*)

(*Caesele á Ordoño el embozo y D. Suero le reconoce.*)

¡Qué miro!

ORDOÑO. (*Reconociendo á D. Suero.*) Cielos!

SUERO. Ordoño: á haber sospechado
que erais vos, se hubiera ahorrado
tal contienda.

ORDOÑO. *Ap.* (Mis recelos
se aumentan.)

SUERO. Acero y brio
para otra ocasion guardad ;
y que os lo digo pensad,
porque sin honor el mio
jamas oculté.

ORDOÑO. Lo creo.

SUERO A DIEGO. *Ap.* (Esto importa.)
(*A Ordoño*) Ora la diestra
dadnos de amistad en muestra.
ORDOÑO. Tomad.(*Reparando en don Diego*)
Don Diego, *Ap.* (Qué veo!)
DIEGO. El mismo soy: qué os estraña?
Dados y cientos jugamos
esta noche, y entablamos
sobre una suerte algo estraña
conversacion: ved ahora
la causa que os inquietó,
que un combate provocó,
y aquí nos tiene á deshora.
ORDOÑO. Bien está
SUERO. Condes: Sospecho
que pues motivo no habeis;
vanas quejas depondreis,
y os dareis por satisfecho.
ORDOÑO. Si por cierto.
SUERO. El sol vecino
va á hacer de su pompa alarde:
quedad con Dios.
ORDOÑO. El os guarde.

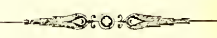
ESCENA VII.

ORDOÑO *solo.*

Ordoño... vamos con tino.
Llegar del Cid mi señor
á la casa; y embozados
ver dos hombres apostados
sin duda contra su honor;
á mis fieros sin temor
responder al pronto, y luego
deponer su orgullo ciego,
y al juego achacar... les juro
por mi honor como el Sol puro,
que he de entenderles el juego.
(*Se dirige á la casa del Cid.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.



Antecámara del Rey en el Alcázar de Burgos.

ESCENA PRIMERA.

El Rey D. Alfonso y D. Suero.

Rey. Conde; á deciros verdad
vuestra demanda os humilla:
quien mas que vos en Castilla
tachó del Cid la bondad?
Cuándo Alvar Fañez de hinojos
vino á ofrecerme sus dones;
en descompuestas razones
salieron vuestros enojos.
Estorbar sangrienta lid
mi presencia apenas pudo
entre vos de saña mudo
y el mensagero del Cid:
y hora los frenos trocando
sus dos hijas demandais?
La humillacion...

SUERO. Y le hallais?
Señor en lo que demando?
REY. Sin duda.
SUERO. Si vuestra Alteza
mis servicios examina;
del yerro que me acrimina
me ha de absolver con presteza.
Cuando os saludaron Rey
Castilla y Leon; mi acero
no se desnudó el primero
por defender vuestra ley?
REY. Teneis razon.
SUERO. Cuando altivo
la jura el Cid os tomó:
quién otro os habló que yo
de evitarla vengativo?
REY. Ninguno.
SUERO. Su altanería
Rey Alfonso no sentísteis?
REY. Eso Conde bien lo vísteis.
SUERO. Juzgais que no sentiria
la ofensa que os hizo, siendo
el primero á proclamaros
por mi Rey, y á respetaros,
la jura desatendiendo?
REY. Créolo así.
SUERO. Y si vos hoy
dais al olvido su ofensa:
no admitireis mi defensa?
Sois Rey y vasallo soy;
ofendido consentís
en que el Cid vuelva á Castilla;
si en ello no veis mancilla
que la halle yo presumis?
Otro motivo ademas
con el Cid me conciliara,
si de mi Rey no tomara
el ejemplo.
REY. Y es?
SUERO. Quizás
Vuestra Alteza haya olvidado
que estrecha amistad me unía

con el conde don García.

REY. No lo olvidé.

SUERO. El desdichado
halló su sepulcro en Rueda
á manos de la traicion,
logró el Cid su rendicion
y el Conde vengado queda.
Humano poder, no alcanza
su desgracia á reparar
mas púdola, oh! Rey templar
justa y pronta su venganza!

REY. Suer Gonzalez, por mi vida
pláceme que hableis asi:
dichoso el Reino; ay de mi!
si sus discordias olvida.
Feliz! si su inútil saña
que le amengua con desdoro
aprovecha contra el Moro
arrancándole de España;
si con furor le arremete;
si su poder estermina;
si con su sangre camina
ha crecido el Guadalete.
Suer Gonzalez, nueva Aurora
en Castilla alzarse veo,
seguir la cumbre deseo
que sus almenas colora,
un ejemplo que imitar
dar á mis vasallos todos,
y atender por varios modos
su ventura á preparar.

SUERO. Dadme vuestros pies, Señor.

REY. Alzad don Suero; partid
y á los Condes repetid
que el Rey les da su favor.
Advertirles que enconada
la voluntad de Rodrigo
solo de Alfonso al abrigo
fuera su voz escuchada;
decidles en fin don Suero,
porque apreciar mejor puedan
la obligacion en que quedan,

que soy su casamentero.

ORDOÑO. (*dentro*) Abrid paso ó por quien soy...

REY. Qué voces! Si el Cid acaso...
Vedan á una dama el paso...
Dejadla...

ESCENA II.

Dichos, DOÑA GIMENA Y ORDOÑO.

SUERO. (*Al ver entrar á doña Gimena*)
Ap. Perdido estoy

GIMENA. (*A don Suero.*) Vos aquí!
Noble Gimena

GIMENA. Justicia Señor.

REY. (*Levantándola*) La ley
toca hacer guardar al Rey:
justicia tendreis.

GIMENA. La pena Señor, el habla me embarga.

REY. Sosegaos.

GIMENA. No es posible:
su infamia es tan insufrible
como mi pena es amarga.

REY. La infamia de quién?

ORDOÑO. (*Señalando á don Suero.*) De ese hombre.

SUERO. Menguado.

ORDOÑO. Traidor.

REY. Callad:
y vos Gimena esplicad
vuestra cuita.

GIMENA. Aunque os asombre
en Burgos traidores se hallan
que cobardes en Valencia
y del Moro en la presencia
en las ciudades batallan.
Batallan pero con mengua
de su linage y valor,
no de su acero, Señor
se sirven, que es de su lengua.
Con ella ultrajan villanos
los que á mirar no se alientan,

con ella vengarse intentan
los aleves cortesanos;
y no osando herir un pecho
que cubren armas templadas,
en sus hijas desdichadas
quieren saciar su despecho.
Pésame oh! Rey! que el malvado
que fragua mis desventuras,
haya infames imposturas
á mi queja anticipado:
mas desprecio su malicia,
mis hijas vengo á salvar,
y vos me habeis de ayudar
y habeis de hacerme justicia.

REY. Duélome de vuestra cuita
Señora, y vuestro quebranto:
y mas que todo ese llanto
mi severidad irrita.
Sois de un vasallo muger
que con el Alarbe en guerra
dióme mas gloria y mas tierra
que mi padre al fallecer.
Por su causa vive Dios!
volver al Rey cumpliría:
pero á su honor faltaría
si no volviese por vos.
Si un hombre injuriado os ha;
de ese hombre vengaros quiero,
y no el Rey, el caballero
reparacion os dará;
pero quizá os alucina
vuestro enojo, y es mi gusto
ser con ambas partes justo,
que yerra quien no examina.

SUERO. Rey Alfonso...

ORDOÑO. Vos sellad
en mal hora vuestra boca:
solo al Rey hablar le toca.

SUERO. Ordoño.

REY. (*Dirigiendo á los dos una mirada severa.*)
Gimena hablad.

GIMENA. Señor si el enojo mio

y no mi afrenta culpais;
mejor es que á Ordoño oigais,
que de él mis descargos fio.
El la trama descubrió
contra mi reposo urdida;
dejadle hablar por mi vida,
y os dirá si miento yo.

SUERO. Rey Alfonso si atendeis
sus razones.

ORDOÑO. Os prometo
que al Rey guardaré respeto.

SUERO. Señor...

REY. Despues hablareis.

ORDOÑO. Deciros he mesurado
el agravio que me aqueja,
que á mi me atañe la queja
y á vos hacerme vengado.
Diego Gonzalez tornó
al Moro la espalda un dia
Señor, y su cobardía
el de Vivar afeó.
De su reprension corrido
deja el campo, á Burgos viene,
y su venganza previene
de don Suero persuadido.
Retarle á sangrienta lid
este quiso; mas dudaba
el Conde, y no se engañaba
que es mucho contrario el Cid.
Temió empero que opusiese
su cariño y su energía
Jimena, á tal artería
y sus planes destruyese;
y anticipando él su ruego
á los suyos, sin tardanza
pretende tomar venganza
del Cid turbando el sosiego.
Don Suero á ceder no atiende
en tanto, de ello hace alarde,
y á la sangre de un cobarde
quiere unir la de un valiente.

GIMENA. Que Ordoño verdad os habla

Alfonso, viéndolo estais:
don Suero es el que mirais,
él mi deshonor entabla.

SUERO. Señor justicia os pidieron
contra mí; pero descargos
puedo oponer á los cargos
que alucinados me hicieron.
Pido que me oigais.

REY. Decid.

ORDOÑO. Y que podreis responder?

SUERO. Justicia recta heis de hacer,
que lo habeis dicho advertid.

REY. Es cierto.

SUERO. Franca y sincera
mi lengua, sin vacilar
lo cierto hubiera de hablar,
si en ello el vivir me fuera.
Ocultar que Ordoño ha dicho
la verdad, fuera insensato;
ni de ocultárosla trato,
ni he de mentir por capricho.
Que huyó el Conde no lo niego
ante el Moro; mas cedió
al número cuando huyó,
que el valor sobra á don Diego.
Cierto es que la destemplanza
le infamó del Cid Rodrigo;
que irritado habló conmigo
de su agravio y su venganza;
que quiso á liza sangrienta
retarle, y trataba en vano
de disuadirle su hermano;
que atribuyendo su afrenta
del Cid al ardor contuve
su saña, en fin que contento
y al honor de ambos atento
del vos mi demanda obtuve.
Todo esto es cierto Señor;
mas no lo es que vengativo
pretenda mi enojo altivo
al Cid llevar su rencor.
Noble nací y altanero

y al tratar esta alianza,
si pretendo una venganza
venganza es de caballero.
Si esto oh Rey! es ser aleve
castigadme.

REY. La sentencia
que me dicta mi conciencia
es...

ORDOÑO. A mentiros se atreve
Rey Alfonso.

ESCENA III.

Dichos, D. DIEGO Y FERNAN.

FERNAN. Pronunciadla:
y vos Señora si el pecho
cerrar quereis al despecho,
os lo ruego, confirmadla.

GIMENA. Fernan, don Diego, pensais
que es de hidalgos proceder
contra una débil muger
del modo que lo intentais?
Tan sin amparo y favor
me juzgais, tan sin fortuna,
que no haya una espada, ni una
que se empuñe por mi honor?
Conde quizá os engañásteis;
sola estoy, teneis razon:
mas me dice el corazon
que inadvertidos andásteis:
Quizás en Burgos abiertas
á mi honor...

FERNAN. Decís verdad
al Cid abre la ciudad
en este instante sus puertas.

DIEGO. A noticiar su llegada
al Rey Alfonso vinimos;
propicia al ruego os creimos,
y os encontramos airada
ni hemos querido ofenderos,

ni heis menester valedores,
nuestro honor... (*Gritos á lo lejos.*)

REY. Basta Señores;
á mis leyes someteros
dudais quizás?

SUERO. No dudamos:
nuestras quejas habeis oido,
justo sois, justo habeis sido,
vuestra sentencia aguardamos.

GIMENA. Tambien yo: pero advertid
Señor, cuando en vos confio,
que os entrego el honor mío
y el de las hijas del Cid.

REY. Y yo le acepto y os juro
por el suyo, y por mi honor,
que pues miro su valor
sobré ponerle en seguro.

VOCES (*dentro.*) Viva.

ORDOÑO. Al delirio se entrega
el pueblo al verle venir.

REY. Salgámosle á recibir.

VOCES. Paso.

REY. Es tarde, él mismo llega.

(*Los gritos se habrán ido acercando gradualmente hasta el final de esta escena.*)

ESCENA IV.

Los mismos, RODRIGO, *Grandes Caballeros y hombres de armas del* CID, *con su pendon.*

RODRIGO. Rey Alfonso de Castilla:
si de un hidalgo que en guerras
gastó sus años y haberes
sirviendo la causa vuestra
os placiere el homenage;
permitidle que os le ofrezca,
y con él su voluntad
y su tizona y su diestra.

REY. Alzad Rodrigo: no es ese
lugar que á vos os competa;

vuestro sitio está mas alto
que el que ocupan las estrellas.
Ceñid los membrudos brazos
al cuello de un rey, y sea
lugar digno de un vasallo
que par no alcanza en la tierra.
Ceñidlos fuerte columna,
de mi Estado y no hayais pena
de hacerlo; porque la sangre
os manche manopla y grevas.
Reposo vuestras fatigas
tengan en ellos, y pueda
desagraviaros, quien pudo
dictar contra vos sentencia.

RODRIGO. Rencillas Señor, no abrigan
los que en los campos pelean
ni achaques gastan de cortes
donde combaten las lenguas.
Si en Burgos, Rey don Alfonso,
se usan tamañas flaquezas
entre hombres que espada ciñen;
buena pro les hagan ellas.
Vinieran conmigo al Moro,
y en la reñida pelea
movieran cedo las manos,
dejaran las lenguas quietas.
De esos me quejo Señor,
no de vos, lisonjas necias
saben torcer voluntades;
y ojos que miraron ciegan:
mas pues vos desagraviado
me quereis, vuestra fineza
acepto, para mostrarles
que sois vos quien los desprecia.

REY. Pláceme así: y vos Señora
no os llegais?

RODRIGO. Por Dios Gimena!
aquí estabas; y en mis brazos...

GIMENA. Rodrigo.

RODRIGO. Tu vista anega
el llanto; que es de mis hijas?
Porque no vienen? tu pena

que me predice?

GIMENA. Rodrigo.

REY. Sin duda vuestra presencia
las lágrimas atajadas
renovó.

RODRIGO. Lágrimas ella?
Gimena quién te ha ofendido?
habla, dime, no me mientas;
que es de mis hijas?

REY. Calmaos:
la causa de sus querellas
enojos son contra mí;
y de ellos y de su queja
quiero haceros sabedor.
(*A los nobles y caballeros.*)
Dejadnos solos.

RODRIGO. Dios quiera...

ESCENA V.

EL REY, DOÑA GIMENA Y RODRIGO.

REY. Antes de hablaros Rodrigo
en las cuitas de Gimena
respondedme: si en el mundo
tan villano un hombre hubiera
que á un amigo, he dicho poco,
que á su hermano, con fiereza
le diera muerte en la honra,
que es mas que la vida mesma,
que mereciera?

RODRIGO. La muerte.

REY. Si al acometer su empresa
del honor que á vender iba
guarda vigilante fuera:
no era acreedor..?

RODRIGO. A la infamia:
y á que su nombre y su mengua
repitiesen las edades
con asombro y con verguenza.

REY. Si crimen tan vergonzoso,

si tan execrable venta
la hiciera no á un deudo suyo,
ni á un amigo, ni á un cualquiera;
sino á un enemigo odiado,
y á sus plantas sin defensa
le arrojara: con que vidas
pagára...

RODRIGO. No hay en la tierra
castigo que recompense
la magnitud de la afrenta.

REY. Pues bien: yo soy el amigo
de que os hablo: la honra vuestra,
la suya, y la de sus hijas,
puso en mis manos resuelta
vuestra esposa, y os confieso
que agradecí su fineza;
mas luego que os vió...

GIMENA. Señor:
no soy tal que desatienda
vuestras bondades, ni es tanto
mi temor ni mi flaqueza,
que me pese haberos hecho
de tantas honras la entrega.
Noble Rey y Castellano
á quién sino á vos la hiciera!

REY. Mas ese llanto...

GIMENA. Este llanto
no es duda Señor, es niebla,
que entre esos hombres y vos
se interpone, y que estoy presta
á romper, si el llanto mio
correr puede en vuestra ofensa.

RODRIGO. Hace una hora Rey Alfonso,
que estallando de impaciencia
estoy, sin entender
vuestras razones y quejas.
No me las esplicareis!
Por san Pedro de Cardeña
juroos Señor que aguardaba
mas tranquilo las saetas
que el Moro nos endonaba
antes de entregar á Rueda:

que espero vuestras palabras.

REY. Vuestra duda satisfecha
ya ha una hora pudiera estar
Rodrigo, si sutilezas
de honor, no hubieran atado
contra mi querer mi lengua.
Es pues el caso que hoy mismo
Suer Gonzalez con presteza
vino á mi Alcázar, me habló
de ya olvidadas querellas
que á los Condes separaban
de vuestro trato, y en prenda
de que olvidarlas queria;
me rogó que consintiera
en casar con sus sobrinos
vuestras hijas.

RODRIGO. Y espérais
para decidiros...

REY. Solo
que vos consintais.

RODRIGO. No niega
ni negar puede un vasallo
nada á su Rey.

REY. La nobleza
de vuestra sangre, Rodrigo,
vuestras palabras revelan:
mas si vuestra decision
mucho en mi balanza pesa;
soy caballero, y me duelen
los enojos de Gimena.

GIMENA. No os niego Señor que vine
á quejarme de una ofensa,
que en mi sentir á mi sangre
los de Carrion previnieran;
ni os niego que su demanda
me irritó sobremanera:
mas si mediaron razones
y yo he cedido á las vuestras;
que me preguntais? Haced
lo que os cumpla sin reserva,
que de vos estais y el Cid
no habrá de consejo mengua.

REY. Mas si quedais querellosa...

RODRIGO. Dejad Señor, á las hembras
temores é indecisiones
que son de su sexo herencia,
y disponed de mis hijas,
de mi espada, y de mi hacienda.
Esto os debo como á Rey;
pero advertid que las prendas
os entrego que mas amo
porque vos respóndeis de ellas;
que no precio yo á los Condes
mas que Gimena los precia,
y en fin que si el limpio espejo
de mi fama á manchar llegan;
por el pecador les juro
que gobierna nuestra Iglesia,
que en Fromesta y Carrion,
Torquemada y Valenzuela;
no ha de dejar mi furor
quede piedra sobre piedra.

REY. Vuestro honor Rodrigo es mio,
pues que de él me haceis entrega:
id tranquilo, que yo os juro
conservarle en su pureza.

RODRIGO. Quedad con Dios, Rey Alfonso,
mí honra en la vuestra sosiega;
de hoy en mas ya no soy padre
pues mis hijas lo son vuestras:
quedad con Dios, y á los Condes
si agradecieren las prendas;
decidles que no á su padre,
sino al Rey las agradezcan.

(*Retírase el Cid y doña Gimena.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

Sala en la casa del Cid. Mesas, sillas y muebles de la época. Una puerta á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA GIMENA, DOÑA SOL Y DOÑA ELVIRA.

ELVIRA. Qué os acuita madre mia?
del disgusto las señales
las publica vuestro rostro,
aunque la lengua las calle.

GIMENA. Eres Elvira muy niña,
y no alcanzas los pesares
que desgarran y atribulan
el corazon de una madre.

ELVIRA. Y á qué esas penas Señora?
¿Qué os importa que nos casen:
si á vuestro lado vivimos
halagadas como antes?

SOL. Eres tan cándida Elvira,
tan buena, que hasta los males
vistes de gala á tu antojo

para engañarte.

ELVIRA. ¿Qué sabes
tú tampoco de esas cosas?
Una vez me aconsejaste,
hice tu gusto y á poco...

SOL. Elvira no te hablé en balde;
y ojalá que mis consejos
no hubieran llegado tarde!
Mas si eres feliz: qué importa?

ELVIRA. Y porqué no?

SOL. En adelante
quiera el Cielo que tus ojos
llanto de dolor no empañe;
vivas en calma dichosa
sin congojas, sin afanes,
y atiendas como hoy risueña
á las cañas y á los bailes.

ELVIRA. Por eso me inculpas?

SOL. No.

GIMENA. Ea basta Sol, no hables
de cosas que me atormentan,
y el tiempo quizás rechace.
Deja á Elvira que disfrute
de esa paz, y antes que apague
el dolor sueños tan bellos;
no los turbes, no los ajes.
Déjala que sueñe y viva
si el soñar la satisface:
y tú Sol que mas prudente
presagiar puedes los males,
sé su amparo, sé su apoyo;
y si ausente de su madre
consejos y amor le faltan,
que los tuyos no le falten.

SOL. En mí no fiad madre mia:
sabeis vos, y el Cielo sabe,
cuanto es mi cariño á Elvira
cuanto es puro, cuanto es grande.
Descuidad en mí señora,
que aunque débil, arrogante
sangre de mi padre llevo
y el golpe que á Elvira amague

Sol le habrá de recibir;
y cuando su aliento falle,
(*Abrazando á su hermana.*)
sabrá compartir con ella
los sollozos y los ayes.

GIMENA. Bien, mis hijas: así os quiero:
llegad las dos... abrazadme...
unid vuestro llanto al mio
que es el llanto lluvia suave,
que arrastra enojos consigo
y torna en bienes los males.
(*Doña Gimena abraza enternecida á sus dos hijas. El Cid aparece. Breves momentos de pausa.*)

RODRIGO. (*Desde la puerta.*) Vive Dios que para entrar
me falta valor.

ESCENA II.

Los mismos y RODRIGO.

SOL. (*Reparando en la puerta.*) Mi padre!

RODRIGO. Sí hijas mias, aquí estoy:
de partir heis esta tarde,
y á despediros venía.

ELVIRA. A despedirnos?

GIMENA. La sangre
en mi corazon se hiela.
Ay de mí! (*Dejándose caer en un sillon*)

SOL Y ELVIRA. Cielos!

RODRIGO. Que diantre!
Gimena. (*Moviéndola.*) Voto á San Pedro!
Elvira, Sol, de estos lances
mas se os alcanza que á mí:
amparadla, andad.

GIMENA. Dejadme.
(*Rechazándolas con dulzura.*)
Rodrigo con qué es verdad!
¡Y dejarás que se aparten
de tu lado nuestras hijas!

RODRIGO. Y qué he de hacer! Suer Gonzalez
me ha noticiado que hoy mismo

á Carrion de Burgos parten;
y que sus vasallos todos
en vivos anhelos arden,
de conocer á tus hijas,
y de hacelles homenage.

GIMENA. Y las dejarás partir!

RODRIGO. Puedo yo acaso estorbarles
á los Condes, pues son suyas
que sus mugeres reclamen.

GIMENA. Y tú de los Condes fias?

RODRIGO. Fio de mí; que no en balde
espada llevo en el cinto.

GIMENA. De tan repentino viage
no has recelos? no sospechas?

RODRIGO. No por Dios: pechos leales
pueden cometer un yerro,
que del cieno el hombre nace,
mas su mismo error á veces
suele hasta el Cielo elevarles.

GIMENA. Con qué al fin han de partir?

RODRIGO. Sí Gimena: que asi place
á quien saca victorioso
mi pendon de los combates.

ELVIRA. El Señor nos guardará;
él que os mostró sus bondades,
amparándoos con su escudo
en mil peligrosos trances;
por nosotros velará
y nos sacará triunfantes.

SOL. Enjugad madre ese llanto
y en tanto hayamos un padre
como el nuestro, no háyais miedo
que hombre medite su ultraje:
y si por acaso, alguno
necio ó loco tanto osase,
no receleis que gran trecho
de su victoria se alave.

RODRIGO. Bien, mi Sol; en esos brios
muestras tu altivo linage:
nacieras varon, y entonces
mis fuerzas, que ya decaen,
en tí las cobrara nuevas.

Gimena de tu semblante
flacas lágrimas destierra;
deja al tiempo que nos dañe;
y sino de ellos te fía
de la altivez de su sangre.

ESCENA III.

Los anteriores y ORDOÑO.

ORDOÑO. Señor si oirme quereis
solo un momento...
RODRIGO. Qué traes?
ORDOÑO. *Ap.* (Si á solas pudiera ser...)
RODRIGO. *Ap.* (Aguarda un poco.)
(*A Gimena y sus hijas.*)
Escuchadme.
Vais á partir, hijas mias;
á partiros, y dejarme,
nunca este caso llegára
si á mi pesar no os casasen;
mas pues el rey lo dispuso,
y es fuerza dejeis al padre
por seguir vuestros maridos;
id con Dios, y el Cielo os guarde
vidas para mí tan caras,
pura sangre de mi sangre.
SOL. Dadnos vuestra bendicion
Señor, que de manos tales,
solo aguardamos venturas,
no desdichas, no desastres.
(*Se arrodillan delante del Cid.*)
RODRIGO. Tomadla, y alzad del suelo:
ceñid que su duelo es grande
el cuello de mi Gimena;
la mano á Ordoño estrechadle;
y en mi pecho... pero no...
idos hijas porque es tarde.
y no hais de ver la flaqueza
ni del hombre ni del padre.
SOL Y ELVIRA. Padre mio.

RODRIGO. (*Rechazándolas con dulzura.*) A Dios mis hijas:
y vos Gimena libradme
de esta pena, antes que el brio
á mi corazon le falte.
GIMENA. Venid conmigo. *Ap.* (Dios Santo!
hay dolor que al nuestro iguale!
(*Retiránse doña Gimena y sus hijas.*)

ESCENA IV.

ORDOÑO Y RODRIGO.

RODRIGO. Lloras, Ordoño?
ORDOÑO. No sé,
Señor, lo que hago; dejadme,
y mi llanto no culpeis;
llevado he vuestro estandarte,
y he luchado como un hombre
que es vuestro deudo.
RODRIGO. Culpárate
si cual uno de mis yernos
hirieras del acicate
á tu troton, pavoroso
del filo de los alfanjes.
ORDOÑO. Ese es mi miedo, Señor;
que los pechos desleales
son cobardes con el fuerte,
son con el débil audaces.
RODRIGO. Sospechas...
ORDOÑO. Pluguiera al Cielo
que en ser sospechas parasen;
mas hay sospechas de bulto
que paran en realidades
RODRIGO. Juro á Dios! habla.
ORDOÑO. Señor,
solo sé que hombres infames
se recatan para urdir
con menos riesgo sus planes;
se que aun despues de las bodas
don Diego y don Suer Gonzalez
se juntan, hablan y mientan
en sus pláticas su ultraje;

se que el uno es pendenciero,
se que el otro aun cuando calle
rencor abriga en el pecho;
y sé, en fin que este viaje
me hace temer por mis primas;
quiera el Cielo que me engañe.

RODRIGO. Ordoño: maldita el hora
en que tales hombres nacen;
hubierámelas mejor
con los lobos y los canes,
que si han dientes que asesinan
hieren siempre por delante,
que no con viles que aguzan
en la sombra sus puñales.
Déjame...
(*Quédase un momento pensativo.*)
(*A Ordoño que se retira*) Ordoño.

ORDOÑO. Señor.

RODRIGO. Do estan los Condes?

ORDOÑO. Poco hace
aquí mismo previniendo
su partida.

RODRIGO. Ve al instante
y diles que yo los llamo.

ORDOÑO. Está bien.

RODRIGO. Tambien te trae
mi colada y mi tizona,
y allí las deja.
(*Señalando á una mesa; Ordoño se detiene como si tratára de interrogarle, y Rodrigo le indica con la mano que se retire.*)
No tardes.

ESCENA V.

RODRIGO *solo.*

Válgame Dios! ¡qué á un hidalgo
acuiten dudas prolijas
de hombres, que piden sus hijas,
cuidando de valer algo!
Por Cristo, dueñas como ellas
hubiéranlas de encontrar;

si las fueran á buscar
allende de las estrellas.
Mi linage en qué les cede?
á la sangre de sus venas,
de mi misma sangre llenas,
igualar la suya puede?
Mas son vanos sentimientos
que altiva el alma rechaza;
no han varones de su raza
tan villanos pensamientos.
Si mis hijas demandaron,
por honrarse mas lo hicieron;
mas ni á ruindades cedieron,
ni ofenderme imaginaron.
De noble cuna han nacido,
yo esforzaré su valor;
y cuando no por su honor,
volverán por su apellido.

ESCENA VI.

RODRIGO Y ORDOÑO.

ORDOÑO. Señor, los Condes.
RODRIGO. Y dí,
traes mis espadas?
ORDOÑO. Si tal:
pero recelo algun mal...
RODRIGO. Vete y déjalas allí.

ESCENA VII.

RODRIGO, DON DIEGO Y FERNAN.

RODRIGO. (*Tomando asiento en su escaño.*)
Entrad Condes.
DIEGO Y FERNAN. Qué mandais?
RODRIGO. Que llegueis sillas primero,
que hablaros despacio quiero.
DIEGO Y FERNAN. Bien: Señor.
RODRIGO. Y ora que oigais.

Que ilustre sangre teneis,
lo sé Condes, de otra guisa,
no os diera con tanta prisa
las dueñas que poseis.
Sé tambien, cual sabeis vos,
que cuando os las diera el Rey,
le obedecí, porque es ley
servirle despues que á Dios.
Sé, en fin, y esta es la verdad;
que el par que de ellas amados,
sereis procediendo honrados
dueños de mi voluntad.

FERNAN. Señor, de nuestra honradez
dudais acaso?

RODRIGO. No dudo:
pero proceder sesudo,
cumple siempre en la vejez,
que si aun mi vigor no es viejo,
ni el brazo diestro flaquea
cuando hiere en la pelea;
peino canas, y aconsejo.

FERNAN. Hablad Señor; y atendidos
vuestros consejos serán,

RODRIGO. Ese, condes es mi afan,
dadme atentos los oidos.
Los Nobles cuando son tales,
y á mas nacen en Castilla,
guardan su honor sin mancilla
francos son, y son leales.
Cumple al bravo caballero
que honor en sus venas siente;
ser con los hombres valiente
con las damas lisongero.
Cuando á un Noble el Rey entrega,
para guardarle, un tesoro;
le conserva sin desdoro,
ó á recibirle se niega.
Si un hidalgo en fin su amor
pone en hembras de valía;
las sirve con bizarría,
las atiende con valor.
Que decís Condes?

DIEGO. Sentimos
que de nuestro honor dudeis;
y el deber nos acordeis
á que obligados nacimos.
RODRIGO. Huélgome de vuestro enojo
que el honor la sangre altera;
y no es Noble quien tolera,
que le afrenten por antojo.
Mas ni por antojo os hablo,
ni afrentaros fue mi gusto;
lo hice creyéndolo justo,
á sí me ayude San Pablo.
Mis deudos sois además,
soy padre, y soldado soy
y ni á Cortes hecho estoy,
ni usé lisonjas jamas.
Respondedme pues: ¿las prendas
conoceis que os entregué?
FERNAN. Nunca su precio dudé,
y en vano nos encomiendas...
RODRIGO. Cual cumple á nobles Señores
de tan garridas doncellas
me ofreceis mirar por ellas,
y ser fieles guardadores...
DIEGO Y FERNAN. Podeis dudar?
RODRIGO. Condes no:
que esa duda me es vedada;
vuestra fe viendo empeñada
y siendo su padre yo.
Y en prenda de que en vos fio
otro don he de ofreceros,
porque no os falten aceros
al guardar el honor mio.
(*Levantándose.*)
Alzaos: Fernan á vos
os entrego mi tizona;
triunfos cien su filo abona,
no se le emboteis por Dios.
Al Rey Moro de Marruecos
en Valencia la gané,
y sus llantos escuché,
que ahogaron del mar los ecos.

Conde, lo que esto os obliga
á mi deciros no toca;
basta, aunque selle mi boca,
que el mismo don os lo diga.

FERNAN. Júroos por quien soy, Señor,
cuando á mi lado la pongo;
que el arduo deber me impongo
de guardarla con valor:
que si hoy al cambiar de dueño
pierde de su precio mucho,
la voz de mi honor escucho
y á morir con él me empeño.

RODRIGO. Asi os quiero. (*A D. Diego.*) Vos venid.
Tomad Conde mi colada;
mas que ha de ser estimada
en lo que vale, advertid.
Del Conde de Barcelona
mi sangre la conquistó;
y no precio menos yo
á colada que á tizona.
Tomadla pues: pero cuenta
que acostumbrada á lidiar;
no la degeis reposar,
ni me la traigais ambrienta.

DIEGO. Juzgais Señor...

RODRIGO. Os lo digo:
porque sois mi deudo, y quiero,
que otro mejor caballero
no haya en el campo conmigo:
porque hubo un noble asturiano,
Conde,

DIEGO. *Ap.* (Oh! furor!)

RODRIGO. Que dudaba
entrar en lid, y aterraba
á poco tiempo al pagano.

DIEGO. Y yo acaso...

RODRIGO. Sed cumplido
caballero, pelead,
y en las lides conquistad
de vuestra mancha el olvido.
Esto hareis: pero os advierto
que cumple al varon honrado

antes que huir, mal pecado,
quedar en el campo muerto.

DIEGO. *Ap.* (Qué vergüenza! Que baldon!)

RODRIGO. Ora; pues vos lo quereis,
dejar á Burgos podeis
y partir á Carrion.
Vuestras dueñas os llevad,
joyas que me envidia el mundo;
y aunqne es mi duelo profundo,
que os lo consiento pensad.
Que si vuestras son de ayer
luengos años fueron mias;
y cedo á vuestras porfías
y os doy mi vida y placer.
Atendedlas como es justo;
respetadlas como buenas;
apartad cuando hayan penas
con halagos sus disgustos.
Su honra entregada os está,
cuidad de mirar por ella,
que esa es su alhaja mas bella,
y partid que es tarde ya.

FERNAN. Partiremos sin tardanza.
Quedad con Dios.

RODRIGO. Id con él.

DIEGO. Vamos. *Ap.* (Su ultrage cruel,
no ha de quedar sin venganza.)

(*Vánse los Condes.*)

ESCENA VIII.

RODRIGO, *solo.*

Cuanto estimaba les dí;
mi amor y mi honor lucharon
con mi recelo, y triunfaron
y el campo á entrambos cedí.
Vencieron, triste de mí!
que si en sangrientas jornadas
siento mis fuerzas dobladas;
cobarde en las de honor cedo,
y me atropellan, y quedo

sin hijas, y si espadas.
Y qué importa! me dirán
los Condes mis beneficios,
pesarán mis sacrificios,
y cual nobles cumplirán...
Alma, modera tu afan;
nada por hacer te resta.
Nada? congoja molesta...
y si en tanto... no durmamos
que el honor aventuramos,
y mucho el honor nos cuesta.
Ordoño. (*Llamando.*)

ESCENA IX.

RODRIGO y ORDOÑO.

ORDOÑO. Señor que mandas?
RODRIGO. Oyeme: ¿cuando viniste
á Burgos, no resististe
de los Condes las demandas?
ORDOÑO. Cierto.
RODRIGO. Cuando el Rey dispuso
de tus primas...
ORDOÑO. Con desvelo
delante el Rey mi recelo
á sus maldades se opuso.
RODRIGO. Ordoño, tú en las batallas
con mi hueste has asistido;
y has á mi lado dormido,
sin desnudarte las mallas.
Mis cuitas te confié
supiste mis alegrias,
siempre conmigo vivías,
nada á tu amor recelé.
ORDOÑO. Decís bien; pero..
RODRIGO. Oye atento;
pues viste mi confianza:
y esplícame esta mudanza,
que se me esconde y que siento.
ORDOÑO. Señor...
RODRIGO. Calla, no lo digas:

tu silencio y tu afliccion
comprende mi corazon,
y á obrar callando me obligas.

ORDOÑO. Señor: eso y nada mas
cumple á nuestro honor; obremos,
que el tiempo quizas perdemos,
y no vuelve el tiempo atras.

RODRIGO. Obremos pues: mas no quiero
parta conmigo Gimena,
esa duda que me apena.

ORDOÑO. Y bien...
Noble y caballero
te hizo al nacer el destino;
en tu honor, mi honor sosiega,
y pues de él te hago la entrega...

ORDOÑO. Voy Señor: que ya adivino...

RODRIGO. Espera: toma una espada,
pronto tu alazan ensilla,
y hasta que ganen su villa
sigue detras su jornada.
Cabalga sin descansar
en tu honor los ojos puestos,
que no son momentos estos
de dormir, mas de de velar. (1)
Si un gesto, si un ademan
vieres en mi ofensa; aprisa,
y con cualquiera me avisa,
yo pondré coto al desman.
Y si acaso...

ORDOÑO. Habeis recelo
de vuestra sangre?

RODRIGO. Quién: yo?

ORDOÑO. Dudais de mi aliento?

RODRIGO. No.
(*Alargándole la mano.*)
Ten y que te ayude el Cielo.

(1) Recátale el semblante,
que no te acéchen procura,
mi sosiego y mi ventura
tuyos son: parte al instante.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO IV.

La misma decoracion del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

Doña Gimena y Rodrigo.

Rodrigo. A qué ese llanto Gimena?
enjugad lágrimas vanas;
que Dios es Dios, y protege
á los que sirven su causa.
Vuestras hijas lo son mias:
si veis mi faz sosegada;
porqué llorosa la habeis?
qué terror os avasalla?
Gimena. Rodrigo: no es el temor
el que mi pecho maltrata,
es el dolor que do quiera
me persigue con su saña.
Años hace que el buen Rey
don Fernando, que Dios haya,
queriéndolo vos y yo
nos prendó mano y palabras.
¿Cuántos gozos desde entonces

tuve yo? ¿cuántas vegadas
pude haberos á mi lado?
cuantas...

RODRIGO. Como hidalgo obrára
si por enamoramientos
con mengua nuestra la espada
olvidára en un rincon,
mientras el Moro avanzaba?

GIMENA. No es de vos de quien me quejo:
como bueno en las batallas
por Alfonso combatísteis:
y en pago á vuestras hazañas
os desterró de Castilla,
y á mí de vuestras miradas.
Mal haya el Rey que se fía
de palabras cortesanas;
que á muchos cuestan bien poco,
y á otros salen bien caras.
¡Cuántas lágrimas entonces
derramé! ¡cuanto anhelaba
recibir despachos vuestros!
y al saber vuestra arrogancia
en la lid, cuántas congojas
cuántas dudas me asaltaban!

RODRIGO. Y ora qué puedes temer?

GIMENA. Puedo sufrir: puede el alma
cuando unas penas arroja
dar á otras penas entrada.
En Burgos estais Rodrigo,
mis ojos os ven, y el ansia
que de miraros tenía,
podrá ser que satisfaga,
ya os alzaron el destierro,
ya el Cielo de mí se apiada,
ya soy... féliz decir quise
al veros, y me engañaba;
porque si á mi lado os tengo
Elvira y Sol de él se apartan.

RODRIGO. Y qué importa! Volverán:
servirlas y festejarlas
apetecen sus vasallos;
pero las fiestas pasadas,

ellas tornarán á Burgos
y ellos conmigo á campaña.

GIMENA. Otra vez.

RODRIGO. Eso conviene
á mi nombre y á mi fama.
¿Quéreis vos que diga el vulgo
que las sedas y las galas
sientan mejor á mis yernos
que el almete y la coraza?
No, Gimena; es el honor
vidrio que el aliento empaña;
si el vulgo de ellos se mofa,
de mí se mofa y me ultraja;
y por Cristo, que esta afrenta
no han de hacer á hombres que casan
con mis hijas, y que llevan
mi tizona y mi colada.
Conmigo á la lid vendrán,
verán el porte que guardan
en ella los de mi hueste;
del Alarbe las murallas
con ellos asaltarán;
á su lado mi pujanza
la suya habrá de alentar
con su ejemplo hasta igualarla:
y cuando despues del triunfo
miren en fiestas su gala,
dirá el vulgo que les sienta,
cual les sentaban las mallas.

ESCENA II.

Los mismos y ORDOÑO.

(*Ordoño aparece enpolvado del camino y demostrando en sus miradas la mayor agitacion.*)

RODRIGO. (*Viéndole entrar.*)
Ordoño!

ORDOÑO. Señor...

RODRIGO. Gimena:
déjanos. (*Hace una seña á Ordoño para que calle:*)

GIMENA. Qué es lo que pasa?
ORDOÑO. Nada Señora...
GIMENA. No mientas;
lo que ocultan tus palabras;
tu trage, tu turbacion,
tu impaciencia lo declaran.
Habla Ordoño.
RODRIGO. Idos Gimena
os lo ruego.
GIMENA. (*A Ordoño*) En vano tratas
de ocultarme la verdad,
y tu silencio me mata.
Y mis hijas.
RODRIGO. (*Abatido.*) Idos pronto.
GIMENA. Ordoño, Ordoño, á tus plantas
te lo suplico: qué es de ellas?
Víven.?
ORDOÑO. Sí tal: é inmediatas
se hallan á Burgos.
GIMENA. Dios mio!
pero habla, di, y como...
RODRIGO. Calla:
y tú Gimena retírate;
envia mis hombres de armas
á su encuentro; en mi confia;
vete Gimena, y que el alma
sienta sus propios pesares,
sin que los tuyos añada.
GIMENA. Rodrigo.
RODRIGO. Gimena, os ruego...
GIMENA. Voy pues.

ESCENA III.

RODRIGO Y ORDOÑO.

(*Despues de un momento de pausa.*)

ORDOÑO. Señor: si en la larga
carrera de vuestras glorias
nunca os ha vuelto la espalda
la suerte, por vuestro esfuerzo,
y vuestro brazo aguijada;

si en los peligros mostrásteis
cuanto el valor la constancia;
si en vos, en fin y en mi pobre
esfuerzo habeis confianza:
juradme oir con sosiego
cuanto ha ocurrido.

RODRIGO. Bien; habla:

ORDOÑO. A eso voy: como mandásteis
de los Condes la jornada
seguí siempre recatado
y de su gente á distancia.

RODRIGO. Sigue Ordoño.

ORDOÑO. Satisfechos
al parecer, se mostraban;
mesurados recibían
las obsequiosas palabras
de los vuestros, que gozosos
dejan la reja y la azada;
y van á ver vuestras hijas,
que á par de los Condes marchan.

RODRIGO. Prosigue Ordoño; prosigue.

ORDOÑO. Voy Señor: las villas pasan
que habitan vasallos vuestros,
á las suyas se adelantan,
á la clara luz del dia
suceden las sombras pardas
de la noche, aguijan presto
sus caballos, se adelantan;
y en los robledos de Tormes,
lejos de mí, descabalgan.

RODRIGO. Y bien, concluye.

ORDOÑO. Señor;
no puedo que en mi garganta
se apaga la voz.

RODRIGO. (*Con voz ahogada*) Por Cristo!
sigue.

ORDOÑO. Su intencion bastarda
ponen por obra...

RODRIGO. Villanos!
Juro...

ORDOÑO. De las mulas bajan,
en que caminado habian,

á vuestras hijas.

RODRIGO. Canallas!

ORDOÑO. Asenlas de entrambos brazos,
á sendos robles las atan;
dícenlas que por vengarse
de vos, con ellas casáran;
que las repudian por ende;
que no son hembras de raza
que igualar pueda á la suya;
y volviéndoles la cara,
toman de Carrion la vía,
y á ellas, las dejan atadas.
Nada vi; pero á sus voces
luego acudí y...

RODRIGO. (*Cada vez mas irritado*) Basta, basta,
no digas mas, harto has dicho:
harto, ay Dios! harto... Venganza!
Ordoño, al punto, ahora mismo
ve á Alfonso, dile la infamia
de esos... mestizos traidores,
cuántale que le rogaban
mis hijas, para ultrajarme
y en seguida abandonarlas:
pídele jueces y campo
y justicia... y si se tarda
en hacerla, yo de Burgos
partiré á Carrion mañana...
y le abrasaré; y á ellos
en los robles que tirana
vieron su accion; justiciera
sabrá clavarlos mi lanza.

ORDOÑO. Señor...

RODRIGO. Ve Ordoño; no tardes,
dile que entraré en batalla,
juntos los tres; porque juntos
han deshonrado mis canas.

ORDOÑO. Ved, Señor, que el rey no puede
acceder á esa demanda;
son tres y debeis nombrar
otros tres que al campo salgan.

RODRIGO. Basto yo.

ORDOÑO. Pero en Castilla

esa lidia fuera estraña.

RODRIGO. Por San Pedro de Cardeña!
no son tres los que me ogravian?
no se unieron? pues por qué
no ha de unirlos mi venganza.

ORDOÑO. Dejad, Señor, á otras manos
castigar accion tan baja;
porque el golpe de las vuestras,
lejos de herirles, los alza.
Cuando algun noble os ofenda,
cruzad con él vuestra espada:
cuando os ofendan cobardes,
no les honre vuestra saña.

RODRIGO. Cobardes son; bien has dicho:
si sangre noble alentaran,
ni su blason, ni los mios
cubriora tan negra mancha:
no hicieran patente al mundo
que es tal su bajeza y tanta;
que solo han pies con los hombres,
solo han manos con las damas.
No fueran... triste de mí!
cobardes son; pero empañan
mi limpio honor, y mis hijas,
y mi renombre y mis armas,
cubre el baldon; y si aliento
bebo el aíre de su infamia.
No son cobardes, Ordoño,
¿hombre has visto que llegára
á escupirme á mí en la faz?
¿de triple hueste cercada
viste ceder á la mia
en mi presencia? ¿una lágrima
viste brotar de mis ojos?

ORDOÑO. Nunca, Señor.

RODRIGO. Pues me ahogara.
mi saña y mi pesadumbre
si al cabo...
(*Enjugándose con el reverso de la mano.*)
Ve Ordoño, marcha;
dile al Rey que impuras sombras
la luz de mi vista acaban;

dile que suyo es mi ultraje,
y suya tambien mi causa:
pídele campo en mi nombre
con los tres, y sin tardanza,
no olvides que estoy sin honra,
y que el instante que pasa
con su ofensa un noble á solas,
es un siglo; Ordoño acaba,
que si pierdes un instante
ese mas vivo en la infamia.

(Váse Ordoño por la puerta de la izquiarda á tiempo que doña Gimena y sus hijas aparecen por la opuesta.)

ESCENA IV.

RODRIGO, GIMENA *y sus hijas.*

GIMENA. Rodrigo.
SOL Y ELVIRA. Señor.
RODRIGO. Alzad
prendas de mi amor queridas
por villanos escarnidas,
y en mis brazos reposad.
Como hombres al fin mañeros,
vuestro precio no sabian,
y en dejaros bien hacían,
no sabiendo mereceros.
¡Mal haya amen quien cedió
presumiendo su bajeza!
¡mal haya amen mi torpeza
que este ultraje os deparó!
Mas no os acuiteis, venid:
que aun vuestro padre respira;
venid Sol; venid Elvira,
y mi aliento recibid.
SOL Y ELVIRA. Padre.
GIMENA. Venganza, Rodrigo.
RODRIGO. Hijas, Gimena; yo os juro
que ha de ser pronto y seguro,
cual mi ultraje su castigo.
SOL. Eso os pido padre mio,
y advertid que no lo hiciera

si enristrar lanza pudiera
y cual saña hubiera brio.
Lágrimas nublan mis ojos;
mas no de flaqueza son,
son padre, del corazon
roto en trizas los despojos.
Y no es mi ultrage el que siento,
siento haber un padre honrado
por infames engañado,
y ser muger.

RODRIGO. Ese aliento
dobla mi orgullo, y el gozo
casi á mi pesar iguala.
Jimena, tu hija es mi gala,
mi contento y mi alborozo.
Tú tambien, Elvira bella,
que si no te dió la suerte
corazon tan bravo y fuerte;
te hizo tan pura como ella.
¡Ambas sois preciosas perlas,
dignas de Reyes tan solo:
¡guay del que supo con dolo
tomarlas para perderlas!
¡Condes, Condes, mal hicísteis
tal tesoro en requerir,
si su precio al conseguir
arrojarle pretendísteis!
¡Aun hay quien os pida cuenta
del tesoro de su honor;
veremos vuestro valor
si la demanda sustenta!
Mas si la sustentáreis;
ó por Dios crucificado
que en los robles, el pecado
de mis hijas purgareis.

GIMENA. Sabes...

RODRIGO. (*Impidiéndola que hable.*) Gimena.

GIMENA. Deliras?

RODRIGO. De furor: voto á Santiago;
mírame; mira el estrago
de su afrenta y de mis iras.
Lo sé de Ordoño que tardo

á mi venganza llegó.

GIMENA. Tarde fué: pero volvió
contra los Condes gallardo;
y los retó de traidores;
y hombres que espadas traían
de un deudo vuestro corrian
cual cobardes malhechores.

RODRIGO. Dejadlos correr Gimena;
y si os dicen que dejaron
á Castilla, y se estrañaron;
tampoco hayais de ello pena.
Huestes junto, y haré la guerra
á quienquier les diere abrigo;
y he de lograr su castigo
si les oculta la tierra.

ELVIRA. Perdon padre.

RODRIGO. ¿Y demandar
osas tu perdon por ellos?
á quien quiera protegellos
mi venganza ha de alcanzar.

ELVIRA. Padre, atended.

RODRIGO. Calla Elvira:
para esos hombres clemencia!
No, jamas: quien su sentencia
trate de romper delira.
Todos tres han de morir.

ELVIRA. Perdon por Fernan.

RODRIGO. Fernan!

ELVIRA. Sí: por él: pueda mi afan
vuestra cólera impedir.

SOL. Elvira.

GIMENA. Calla.

ELVIRA. Os lo ruego:
si Fernan os ha ofendido
Señor, arrastrado ha sido
por el aleve don Diego:
á él solo culpar debeis,
no á Fernan, lejos estaba
y quizas ni aun recelaba
su intento.

RODRIGO. Calla.

ELVIRA. Créeis

acaso...

RODRIGO. Elvira, por Dios!
tu flaqueza le disculpa:
cuando sin duda mas culpa
tuvo él solo que los dos?

ELVIRA. El?

SOL. ¿Si tal: ¿por qué cobarde
si nuestra ofensa sentía
de hidalgo y noble no hacía
contra sus deudos alarde?
Huía: ¿y es caballero
quién al débil no defiende?
¿quién á las damas no atiende
con su vida y con su acero?
Con su sangre combatiera
que el mundo al ver la ocasion
de su altivo corazon
la nobleza comprendiera;
y no culpára la herida
que en tal lid diera á su hermano;
porque el que lucha villano
merece perder la vida.

ELVIRA. Señor...

RODRIGO. Basta: no mas llantos
no mas ruegos, ni flaqueza,
dejadme con mi entereza
deshacer vuestros quebrantos.
Dejad que atienda á borrar
las huellas de mi deshonra,
que si he nacido con honra;
quiero con honra acabar.
Idos hijas sin tardanza,
llorad vuestro ultrage sí,
mas idos: básteme á mí
daros alivio y venganza.

ESCENA V.

Los anteriores y ORDOÑO.

ORDOÑO. El Rey de dárosla cuida
Señor.

GIMENA. Ordoño: le has visto?
te ha prometido?
ORDOÑO. Por Cristo!
venganza pronta y cumplida.
SOL. Y como...
ORDOÑO. Sol: si una afrenta
no supo Ordoño impedir,
sabrá en defensa morir
de la causa que sustenta.
ELVIRA. Ordoño.
SOL. Primo.
RODRIGO. Que has hecho?
ORDOÑO. Lo que el honor me mandaba
Señor, aunque recelaba
escitar vuestro despecho.
RODRIGO. Habla.
ORDOÑO. Al Alcázar llegué
de Alfonso con diligencia,
y al mostrarme en su presencia
que estaba yantando hallé.
Si en estos Reinos impera
la justicia; con razon
el Cid de los Carrion
que le hagas justicia espera.
Dige: y de yantar dejaron
todos, Alfonso se alzó,
la Corte se alborotó
las mesas se levantaron.
Vínose Alfonso hácia mí,
referíle sus traiciones,
y para tres campeones
jueces y campo pedí.
Otorgómelos de grado,
dijo que á veros vendría,
y que vengaros le urgía
por verse él mismo vengado.
RODRIGO. No esperaba menos de él
ni de tí: pero ese brio
en mengua del honor mío
cede Ordoño.
ORDOÑO. Y no es cruel
que hayais de entrar en refriega

con hombres...

RODRIGO. Bien á tu espada

(*Rumor en la calle.*)

mi honra dejó encomendada
pero juzgo que el Rey llega.

GIMENA. Vamos hijas.

RODRIGO. Sí marchad:
que aunque vengaros espero,
aun no lo estais y no quiero
veros de esa suerte. Entrad

ESCENA VI.

RODRIGO, ORDOÑO, EL REY, GRANDES Y CABALLEROS.

REY. Rodrigo...

RODRIGO. Rey don Elfonso;
la merced os agradezco
que en visitarme me haceis:
Ordoño el enojo vuestro
me dijo, y sé que mi afrenta
os hirió como á mí mesmo:
mas si esas honras estimo
duéleme Señor el veros.

REY. Porqué Rodrigo?

RODRIGO. Señor:
porque el rostro que altanero
á los paganos mostré
traigo mustio y descompuesto;
porque angustiado y sañoso
á miraros no me atrevo;
y en fin, porque estoy sin honra
y de estarlo me avergüenzo.

REY. Erguios buen hombre, erguios;
alzad el rostro sereno,
que no hay niebla que resista
del claro sol los reflejos.
El noble semblante erguid
que da á los bravos respeto,
á las huestes confianza,
y á los fementidos miedo.
Miradme á la faz; que á mí

no á vos, se hizo tal avieso;
y si hubo yerro fué mio,
y yo he de lavar el yerro.

RODRIGO. Señor no os cargueis las culpas
de esos falsos caballeros;
culpad su cobarde accion,
culpad sus villanos pechos;
y pues á entrambos nos toca
juntos la mancha lavemos,
vos allanando la vía,
yo á su castigo atendiendo.

REY. Pláceme.

RODRIGO. Campo os pedía
con los tres, Señor: mas quiero
pues en él como en mí fío,
que Ordoño sostenga el reto

REY. Bien Rodrigo.

ORDOÑO. Permitid.
que á vuestros pies...

RODRIGO. De los buenos
eres Ordoño, el mejor
alza.

ORDOÑO. Señor...

RODRIGO. Nombrar debo
otros dos: y aunque sobrára
de Ordoño solo el aliento;
Martin Antolin de Burgos
y Nuño Busto, deseo
que combatan por mi lado.

REY. Sea.

RODRIGO. A mis aleves yernos
demando todas las joyas
que les dí en los casamientos,
y dos mil marcos en oro,
y mis espadas.

REY. No puedo,
aunque su culpa conozco,
sentenciar en vuestro pleito:
mas puedo haceros justicia
con que quedeis satisfecho.
Seis alcaldes os daré
de mi casa y de mi reino,

y haré que juntos los seis
juren por los Evangelios;
que á ambas juzgarán
sin duda, pasion ni miedo.
Sois contento?

RODRIGO. Si lo soy.

REY. A Carrion mis mandaderos
apenas supe las nuevas
con diligencia partieron.

RODRIGO. Bien Señor: les dísteis plazo?

REY. De tres dias: si el postrero
trascurre y no comparecen;
haré público su esceso,
quedarán por alevosos,
será su escudo deshecho,
sus bienes confiscaré,
y habránse de ir de mis Reinos.

RODRIGO. Y el campo?

REY. Rodrigo aquí;
á su Rey aquí mintieron,
aquí fraguaron su infamia,
y aquí han de mostrar su esfuerzo.

RODRIGO. Su esfuerzo! Ya le han mostrado.

REY. Dónde?

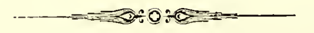
RODRIGO. En los robles.

REY. El Cielo
castigue su villanía.

RODRIGO. Lo hará Alfonso; así lo espero;
que no es lidiar en el campo
injuriar en los robledos.

FIN DEL ACTO CUARTO.

ACTO V.



Salon gótico en casa del Cid. En el fondo una puerta grande, que da paso á una galería, con una ventana á cada lado. Dos puertas á la derecha, de las cuales la primera comunica con el aposento de Rodrigo, y la segunda con el de doña Gimena y sus hijas. Dos ventanas grandes y una puerta en primer término y á la izquierda que se supone que da al campo. Empieza á despuntar el dia.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA GIMENA, DOÑA SOL Y DOÑA ELVIRA.

GIMENA. Hijas: pues dísteis al Cielo
vuestro ruego fervoroso;
id á gustar del reposo
que os brinda con su consuelo.
Ya gente en el templo había
que por vos rogaba acaso;
y los vidrios daban paso
á la escasa luz del dia.
En tanto que el Sol no ofrezca
claros al mundo sus rayos,
descansad; tras los desmayos
quizás la calma aparezca.

ELVIRA. ¿Y á quién le es dado dormir
en incertidumbre tanta?
Madre, os juro que me espanta,
tiemblo el sol, que va á lucir.

SOL. Porque Elvira?

ELVIRA. Porqué? dices.
Tanto esperas de la suerte?
y aun nuestro el triunfo, la muerte
que está á su lado, felices
nos ha de hacer?

SOL. Nunca Elvira;
mas aunque el alma lo sienta,
lo que es vivir en la afrenta
sabes tú? Piedad te inspira
quien tuvo la crueldad
de arrebatarnos la calma:
¿mas de tí sintió en el alma
y de tu padre piedad?

ELVIRA. Calla: Sol.

SOL. No la tuvieron
los que con ansia cruel
en nuestras dichas la hiel
de sus ofeusas vertieron.
¿Conocimos el dolor
antes de verlos? responde?
¿Y donde alzar ora, donde
nuestra frente sin rubor?
Hollado nuestro linaje,
engañadas y vendidas,
las glorias escarnecidas
de un Rodrigo por su ultraje...
Vanas disculpas aleja,
preciso es que sangre corra;
y si con sangre se borra
su baldon, correr la deja.

GIMENA. Hijas: Dios presta su ayuda
á quien con razon combate,
y el pecho que en calma late
de golpe mortal escuda.

(Aparece Fernan en la puerta del fondo armado para el combate y cubierto con un tabardo.)

A él tan solo toca dar

su clemencia, ó su castigo,
y el mas debil á su abrigo
logra al fuerte derribar:
id pues á tomar reposo,
y calmad todo recelo;
ya que elevásteis al Cielo
vuestro ruego fervoroso.

ESCENA II.

Las mismas y FERNAN.

FERNAN. Un instante.
GIMENA. ¿Y quién sois vos
que aquí os entrais de ese modo?
FERNAN. (*Descubriéndose.*)
Vereis quien soy ante todo.
LAS TRES. Fernan!
FERNAN. Silencio por Dios.
SOL Y ELVIRA. Padre!
GIMENA. Rodrigo!
FERNAN. Ah! callaos:
no culpeis mi arrojo ciego;
dejadme hablar, os lo ruego,
y si os ofendo, vengaos.
SOL. Veis Fernan, que el tiempo avanza,
que combatís sin razon;
y de vuestra loca accion
temeis Conde, la venganza.
FERNAN. Doña Sol, os engañais;
tranquilo alienta mi pecho,
y ni el temor, ni el despecho
quiero que en mi accion veais.
GIMENA. Hablad pues: pero sed breve
que si Rodrigo...
FERNAN. Es en vano:
se quien es, y de su mano
no temo venganza aleve.
GIMENA. Mas qué es lo que preténdeis?
FERNAN. Que me oigais tan solo quiero,
y si esto consigo, espero
que luego me perdoneis.

GIMENA. Conde; hablad.

FERNAN. Los Cielos saben
Señora, que á Elvira amé;
si su ofensa imaginé,
que sus furores me acaben.
Yo sus desdenes sufrí;
y aunque mi afecto culparon,
sordo á sus quejas me hallaron
firme en su cariño fuí.
Su mano obtuve, y abierto
vió mi amor el paraiso...
recordaros no es preciso
cual fue mi gozo...

GIMENA. No acierto
que os puede mover, Fernan,
á recordarnos...

FERNAN. Señora:
es que el pesar me devora,
las horas corriendo van,
mi honor á la lid me llama
y aquí mi deber; y quiero
morir como caballero,
sin el baldon que me infama.

ELVIRA. Fernan...

FERNAN. Elvira; créeis
que estoy sin culpa? Ah! decidlo.

ELVIRA. Tal vez.

FERNAN. Gracias, repetidlo...
Elvira, vos no sabeis
lo que esa palabra vale;
sábelo sí el corazon
que ve tras ella, un perdon
que al de Dios mismo equivale.

GIMENA. Conde.

FERNAN. Mi rostro mirad:
las huellas de mi dolor,
mis quebrantos, mi furor,
mis martirios contemplad;
ved en él lo que he sufrido,
y al juraros que no miento;
imaginad el contento
que habré con ella sentido.

SOL. Cuando vuestro afan advierto,
aunque el alma lo rehusa
Fernan, y el hecho os acusa
me holgára que fuese cierto.
Nací altiva, aunque muger,
y es mi corazon tan fuerte;
que yo misma os diera muerte
por mi ultraje sin temer:
mas si disculpa os hallára,
si hablárais verdad, mi pecho
diera tregua á su despecho,
buen Conde, y os perdonára.

FERNAN. ¡Tanto de mi fe dudais
doña Sol! Si falso fuera
en el palenque estuviera;
y al entender me ultrajais
que otra causa que el deber
de borrar negro un baldon,
que me afrenta sin razon,
aquí me pudo traer.
Juzgásteis; cruel tortura
que al avanzar presuroso
á noticiar cuidadoso
á mis deudos mi ventura:
mi corazon meditaba
una infamia, una bajeza,
que hoy humilla esta cabeza
que altiva entonces mostraba.
Doña Sol: carga es la vida
que una sospecha condena!
¡cruel punzada, que envenena
con angustia inmerecida!
Poco á mi suerte debí;
mas si á su rigor me inmolo,
á ella la culpad tan solo
y no me culpeis á mí.

GIMENA. Conde.

FERNAN. Agenos desvaríos,
con empeño pertinaz,
me arrebataron la paz,
turbaron los gozos mios.
Venturas imaginaba,

triste de mí! y las creía,
y mi mente sonreía,
y mi corazon gozaba.
Huyeron... Dios lo dispuso!
y de mi sueño encantado
conserva el pecho ulcerado
vago un recuerdo y confuso.
No hallo esperanza ninguna
que á vivir me aliente ya;
y aunque por dicha será
breve el plazo, me importuna.
Mas antes que injusta suerte
Elvira, mi pena acabe:
dadme la dicha, si cabe
hallar ventura en la muerte.

ELVIRA. Yo por vos qué puedo hacer?

FERNAN. Dar crédito á lo que os digo.

ELVIRA. Nunca á sospechas dí abrigo
contra vos.

FERNAN. Dios su poder
siempre á sus rigores une!
su justicia es infinita!
jamas la esperanza quita!
siempre el bien al mal reune!
A Dios Elvira, sin miedo
á arrostrar la muerte voy,
que si en lid vencido soy,
para vos con honra quedo.
Quedad satisfecha vos,
y cuando Burgos me culpe,
mi honor con vos me disculpe
y mi conciencia con Dios.

GIMENA. El os proteja.

(*Se encamina á la puerta del fondo calándose antes la visera.*)

ESCENA III.

Los mismos y RODRIGO.

RODRIGO. (*Reparando en Fernan que se retira.*)
Gimena
con quién hablábais?

GIMENA. *Ap.* Dios santo!
RODRIGO. No respondeis? (*A Fernan.*) Caballero?
FERNAN. Qué mandais?
RODRIGO. Tened el paso,
descubrid el rostro, y... Cielos!
¿Qué buscais Conde villano
en mi casa y á estas horas?
FERNAN. Busco el perdon de un agravio
que ni imaginé.
RODRIGO. Mentís.
FERNAN. Rodrigo.
RODRIGO. Mentís.
GIMENA. (*A Rodrigo.*) Calmaos
y escuchad.
RODRIGO. No escucho nada,
idos.
ELVIRA. (*Suplicante.*) Padre.
GIMENA. Yo os respondo
de su lealtad.
SOL. Si en su daño
Señor me escuchaste hablar;
si de su injuria mi mano
tomar venganza anheló:
ruégoos Señor....
RODRIGO. Idos:
GIMENA. Vamos

ESCENA IV.

RODRIGO Y FERNAN.

RODRIGO. Ya estamos solos Fernan,
ya mirándonos estamos,
vos ofensor, yo ofendido,
yo sin armas, vos armado:
respondedme antes de todo
por donde entrásteis?
FERNAN. No trato
de mentíros; mi desvelo
á orar al templo inmediato
que á esta casa comunica
no ha mucho, Señor, me trajo.

Entré en él, y vi de hinojos
á vuestras hijas, acaso
contra mi vida del Cielo
los ausilios implorando.
Mi ruego junté á los suyos
que el vivir me causa enfado,
seguí sus pasos.:.

RODRIGO. Y osásteis
cometer tal desacato
sin temer...

FERNAN. Nada Rodrigo;
que sé bien que sois hidalgo,
y á ofenderos no venía
sino á rogar.

RODRIGO. Por San Pablo!
No ofendiérais; y os ahorrárais
de andar buen Conde, en reparos.

FERNAN. Júroos Rodrigo

RODRIGO. Callad:
qué os debí? que á vuestro hermano
y á don Suero en fin? ¿qué á todos
os hice, para que ingratos
me hiriéseis en el honor,
que soy Vivar olvidando?
No os dí mis hijas? ¿ no son
dueñas de precio bien alto?
No os dí colada y tizona
dos lobos, que en el rebaño
de los infieles metieron
la turbacion y el espanto?
Cadenas de oro de Arabia
de un Rey de Persia regalo
no os entregué, falsos hombres?
Caballos no os dí ruanos,
y para en plaza seis negras
y sendas capas de paño?
No hubísteis manto tenía?
Y de mi largueza en pago
qué habeis hecho? Fernan, idos:
á entrar en lid prepararos;
y si obrásteis mal en vida
cuidad de morir honrado.

RERNAN. Rodrigo, oid.

RODRIGO. Nada escucho:
y entended que si rechazo
de mi indignacion las bascas
que me atosigan; lo hago,
porque soy como habeis dicho
muy leal, y muy hidalgo,
y porque pronto el castigo
de vuestras culpas aguardo.

FERNAN. Heridme, Rodrigo, heridme,
que mas quiero á vuestra mano
dar el aliento postrero,
que escuchar de vuestro labio
tal acusacion; heridme,
y si os falta acero acaso,
tomad mi espada, y con ella
cortad mi vida.

RODRIGO. Y si lo hago:
qué triunfo habré conseguido?
Quereis que el vulgo villano
me apellide, y que Ruy Diaz
que tuvo con trece campo,
y los rindió, vaya á herir
á un cobarde sin empacho?

RERNAN. Cobarde yo! os engañais.

RODRIGO. Conde, traidor no me engaño:
qué contrarios hais vencido?
¿cuantos Reyes de paganos
os pagan pecho? ¿en qué lides
hicísteis muestra bizarro
de vuestro esfuerzo? En ninguna;
que vuestro valor escaso
venció solo, cuando tuvo
dos mugeres por contrarios.
Ellas los Reyes han sido
que en llanto el pecho os pagaron;
y en los robledos de Tormes,
y con ellas hais mostrado
que sois valientes... traidores,
idos Fernan sino... os mato.

FERNAN. Ruy Diaz; miente el que os dijo
que de mi fama en agravio

á mugeres me atreví;
miente, miente el insensato
que habló en mi ofensa, y le reto
de cobarde y de menguado.

RODRIGO. Y sino habeis sido vos
quién fué?

FERNAN. Rodrigo.

RODRIGO. El descargo
que dais salvaros no puede.

FERNAN. Dudais?

RODRIGO. No: pero si el daño
no hicísteis Conde, pudísteis
con vuestro arrojo estorbarlo.

FERNAN. De qué modo?

RODRIGO. No supísteis...

FERNAN. Lo juro.

RODRIGO. Dudaban tanto
de vos, Fernan?

FERNAN. Nada supe.

RODRIGO. No recelábais?

FERNAN. Yo...

RODRIGO. En salvo
porque vuestro honor y el mio
no pusísteis, y gallardo
no hicísteis...

FERNAN. Señor, no puedo
contra mi honor contestaros;
puedo deciros mi culpa,
sin decir, culpas de estraños;
puedo á vuestras canas dar
sin bajeza un desagravio;
y puedo habiendo razon
morir sin ella en el campo
Quedais satisfecho?

RODRIGO. (*Despues de un momento de duda.*) Sí.

FERNAN. Quedo para vos?

RODRIGO. Honrado.

FERNAN. Bástame: Rodrigo á Dios.

RODRIGO. Adónde vais?

FERNAN. Mi caballo
á tomar que luce el dia
que ha de ver mi muerte: y trato

de hallar muriendo el primero
de mis males el descanso

RODRIGO. Deteneos. (*Suena el clarin.*)

FERNAN. Imposible;
ya los oís, su acento infausto
me llama á morir: á Dios
Ruy Diaz el castellano.

RODRIGO. A Dios Fernan: el que es justo
os atenderá.

FERNAN. Es en vano:
combatiré como bueno;
pero moriré...

RODRIGO Mis brazos
tomad, Conde, y defendeos.

FERNAN. Cid Rodrigo, los arcanos
de Dios respetar debemos:
dejad morir á un cuitado
y bástele que sepais
que era noble y murió hidalgo.
(*Se dirige á la puerta del fondo.*)

RODRIGO. (*Abriendo la puerta de la izquierda, que se supone dar al campo. Suena otra vez el clarin.*)
Por áquí.

FERNAN. Rodrigo: á Dios.

RODRIGO. Conde; el Cielo os de su amparo.

ESCENA V.

RODRIGO, *solo.*

Suerte infiel! ¡No te bastaba
ver mi afrenta y mi dolor!
Harto jnzgué tu rigor
que ya mis fuerzas postraba;
pero otra cuita guardaba
tu inclemencia para mí.
Otra cuita, suerte si;
pues de mi justicia cierto
temo el triunfo, cuando advierto
lo que hace un instante oí.
(*Se oye el clarin por tercera vez.*)
¿Qué me anuncia Cielo santo!

ese clamor postrimero?
(*Abriendo una de las ventanas de la izquierda.*)
veré desde aquí,.. no quiero
que esa lid me causa espanto...
Mas de mis hijas en tanto
se juega el honor... sí; voy,
triunfar quiero, padre soy...
pero es terrible que muera
el Conde, si yo pudiera...
nada puedo, loco estoy.
(*Oyense gritos á lo lejos.*)
Esos gritos...; ya han partido,
ya habran cruzado sus lanzas,
mil dudas, mil esperanzas,
á mi corazon herido
se agolpan... cesa el ruido,
qué será? Vuelven las voces,
ya se arremeten feroces
acaso, y de las espadas
saltan chispas inflamadas...
Hay tormentos mas atroces!
Dios del Cielo! en tu bondad
y en tu justicia confio;
repara si el honor mio...
pero alcance tu piedad...
(*Oyese fuera una esclamacion unánime de dolor.*)
Ay!
Quizá á la eternidad
acompaña ese suspiro
á alguno: mas quién? deliro...
Santo Dios! dale en tu gloria
descanso y perdon.

VOCES FUERA. Victoria
por el Cid.

RODRIGO. Cielos!: respiro.

VOCES. Victoria.

RODRIGO. Gracias, Señor,
bendito tu nombre sea.
(*Cae de rodillas.*)

ESCENA VI.

RODRIGO Y GIMENA.

GIMENA. Rodrigo, Señor; qué pasa?
RODRIGO. Ven á mis brazos Gimena.
GIMENA. Qué teneis?
RODRIGO. Qué tengo! honor.
Mírame: ves de mi afrenta
en el rostro las señales?
ves doblada mi cabeza
en el pecho, y humillada
ves mi mirada altanera?
Nada ves, Gimena mia,
nada ves; pues bien, estrecha
el cuello de un hombre honrado,
estréchale sin vergüenza.
GIMENA. Rodrigo; el Cielo proteje
á quien con razon pelea:
mas quién os dijo...?
RODRIGO. No sé;
quiero que mis hijas vengan:
llámalas; quiero estrecharlas
contra mi pecho, y que sepan,
que su honor y el de su padre
libres de mancilla quedan.
Llámalas.
GIMENA. Elvira, Sol.

ESCENA VII.

Los mismos, DOÑA SOL Y DOÑA ELVIRA.

RODRIGO. (*Abriéndolas los brazos.*)
Hijas... *Ap.* (El llanto me ahoga.)
SOL Y ELVIRA. Padre, llorais
RODRIGO. Sí: de gozo;
y no culpeis mi flaqueza,
que el pesar puede ocultarse,
no el placer, si el alma altera.
VOCES FUERA. Plaza al Rey.
RODRIGO. El Rey han dicho!
GIMENA. Sí, Rodrigo; él mismo llega.

ESCENA ULTIMA.

Los mismos, EL REY, CABALLEROS, PAJES *etc.*

REY. Ruy Diaz.
RODRIGO. Señor...
REY. El gozo
que vuestro semblante muestra,
me indica que os llegaron
de vuestro triunfo las nuevas.
RODRIGO. Las voces me las trajeron
del vulgo.
REY. Con mi presencia
el combate autoricé.
RODRIGO. Hablad, Señor.
REY. Esforzados
al principio en la refriega
los tres Condes, sostuvieron
con orgullo su bajeza.
Vano teson! en astillas
rotas las lanzas, se cierran,
y heridos de golpes ciento
vuestros contrarios, flaquean.
Martin, Antolin de Burgos
al Conde don Diego asesta;
y la colada le hiende
con el casco la cabeza.
Con Nuño Bustos, don Suero
se junta, y herirle intenta;
pero Nuño se anticipa,
y da con don Suero en tierra.
RODRIGO. Y Fernan!
REY. Lucha gran trecho
con Ordoño; en la pelea
muestran igual el valor,
con furia igual y presteza
dan y reparan los golpes:
mas Ordoño le atraviesa
pecho y broquel, y sin vida
cayó por fin.
(*Movimiento de doña Gimena y doña Sol; doña Elvira cae en brazos de su madre.*)

RODRIGO. (*Con sentimiento.*) Dios le atienda.
REY. La muerte sentis del Conde?
pésaos...
RODRIGO. Alfonso me pesa;
porque era noble y honrado
y nunca morir debiera.
REY. Rodrigo, Dios lo dispuso:
quién su voluntad sondea?
RODRIGO. Nadie, Señor.
REY. Ora, ved
si algo mas por hacer queda;
y decidlo á quien hicisteis
guardador de la honra vuestra.
RODRIGO. Nada: oh Rey! torpes mancillas
lavadas con sangre artera
esclarecen los linajes,
y acrisolan las noblezas.
Limpio Alfonso, está mi honor,
pujanza sobra á mi diestra;
y pues mi honra revivió,
que ya lloraba por muerta:
sed el padre de mi casa
que yo me parto á la guerra.
GIMENA. Tan pronto!
RODRIGO. Si: que el Bucar
tornarme quiere á Valencia,
y no lo querrá tizona
si Dios me ayuda en la empresa.
REY. Id con él.
SOL Y ELVIRA. Señor:
RODRIGO. Llegad...
abrazadme dulces prendas;
y vos Gimena, si os dicen
que sucumbí en la refriega:
no lloreis, que no hay herida
mas terrible que una afrenta.

FIN DEL DRAMA.









PUNTOS DE SUSCRICION Y VENTA.

Madrid: librerias de Cuesta, Rios, Matute, Publicidad y en la del Pasage del Iris.

PROVINCIAS.

Albacete.	Cuartero.
Alicante.	Carratalá.
Avila.	Gayoso.
Badajoz.	V. de Carrillo.
Barcelona.	Sauri.
Bilbao.	Velasco.
Burgos.	Calle.
Cáceres.	Gallardo.
Cadiz.	Moraleda.
Córdova.	L. de la Torre.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	G. Otero.
Ciudad Real.	Gonzalez.
Coruña.	Perez.
Granada.	Zamora.
Gerona.	Palahi.
Guadalajara.	Marsch.
Huelva.	M. Lopez.
Huesca.	Martinez.
Jaen.	Padron.
Leon.	Redondo.
Lérida.	Sols.
Lugo.	Pujol y Masia.
Logroño.	Ruiz.
Málaga.	Medina.
Murcia.	Andrion.
Oviedo.	Sanz.
Orense.	Noboa.
Palencia.	Brizuela.
Palma.	Rullan-Hermanos.
Pamplona.	Imprenta de la Ilustracion.
Pontevedra.	Andrade.
Sta. Cruz de Tenerife.	Bonet.
Santander.	Riesgo.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alejandro.
S. Sebastian.	Baroja.
Sevilla.	Fee.
Salamanca.	Morar.
Tarragona.	Puygrubi.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Perez.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Rodriguez.
Vitoria.	Ormilugue.
Zamora.	Pimentel.
Zaragoza.	Gallifa.





